

Temas militares.

La guerra, la economía y la tecnología

La violencia se llama hoy ejército y escuadra de guerra, y ambos cuestan, como sabemos por desgracia nuestra, "una cantidad fabulosa de dinero". Pero la violencia no puede producir dinero, sino, a lo sumo, apoderarse del dinero ya hecho [...]. Así, pues, en última instancia el dinero tiene que ser suministrado por la producción económica; el poder aparece también en este caso determinado por la situación económica que le procura los medios para armarse y mantener sus herramientas. Pero esto no es todo. Nada está en tan estrecha dependencia de las previas condiciones económicas como el ejército y la escuadra precisamente. Armamento, composición, organización, táctica y estrategia dependen ante todo del nivel de producción y de las comunicaciones alcanzado en cada caso. Lo que ha obrado radicalmente en este campo no han sido las "libres creaciones de la inteligencia" de geniales jefes militares, sino la invención de armas mejores y la transformación del material-soldado; la influencia de los jefes militares geniales se limita, en el mejor de los casos, a adaptar el modo de combatir a las nuevas armas y a los nuevos combatientes.

A comienzos del siglo XIV, la pólvora llegó a la Europa occidental a través de los árabes, y subvirtió, como saben los niños de escuela, todo el arte de la guerra. La introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue empero en modo alguno un acto de violencia, sino una acción industrial, es decir, un progreso económico. La industria es siempre industria, ya se oriente a la producción o a la destrucción de las cosas. Y la introducción de las armas de fuego tuvo efectos radicalmente transformadores no sólo en el arte mismo de la guerra, sino también en las relaciones políticas de dominio y vasallaje. Para conseguir pólvora y armas de fuego hacían falta una industria y dinero, y los que poseían las dos cosas eran los habitantes de las ciudades, los burgueses. Por eso las armas de fuego fueron desde el principio armas de las ciudades y de la ascendente monarquía, que se apoyaba en las ciudades contra la nobleza feudal. Las murallas de piedra de los castillos de la nobleza, hasta entonces inexpugnables, sucumbieron ante los cañones de los ciudadanos, y las balas de las burguesas escopetas atravesaron las armaduras caballerescas. Con la pesada caballería aristocrática se hundió también el dominio de la nobleza; con el desarrollo de la clase urbana, la infantería y la artillería van convirtiéndose progresivamente en las armas decisivas; obligado por la artillería, el oficio de la guerra tuvo que añadirse una sección nueva y completamente industrial: la de los ingenieros.

El desarrollo de las armas de fuego fue muy lento. El cañón siguió siendo pesado durante mucho tiempo, y el mosquete, a pesar de muchos inventos de detalle, siguió siendo un arma grosera. Pasaron más de trescientos años antes de que se produjera un fusil adecuado para armar a toda la infantería. Hasta comienzos del siglo XVIII no eliminó definitivamente el fusil de chispa con bayoneta a la pica en el armamento de la infantería. Esta se componía entonces de los soldados mercenarios de los príncipes, tropa muy rígidamente entrenada, pero muy poco de fiar, imposible de mantener disciplinada sino con el bastón, y procedente de los más corrompidos elementos de la sociedad, y, muchas veces, de prisioneros de guerra enrolados por coacción; la única forma de combate en la que esos soldados podían utilizar el nuevo fusil era la táctica lineal que alcanzó su supremo perfeccionamiento con Federico II. La infantería entera de un ejército formaba un largo cuadrilátero vacío de tres filas por lado y no se movía en orden de batalla, sino como un todo; a lo sumo se permitía a una de las alas que se adelantara o retrasara algo. Era imposible mover ordenadamente a esa masa de tan pocos recursos sino por un terreno completamente llano, e incluso en terrenos tales el ritmo era muy lento (setenta y cinco pasos por minuto); era imposible toda modificación del orden de batalla durante el

combate, y, una vez entrada en fuego la infantería, la victoria o la derrota se decidían en poco tiempo y de un golpe.

Frente a esas líneas rígidas y sin recursos aparecieron en la guerra de la Independencia americana grupos de rebeldes que estaban, ciertamente, poco entrenados, pero sabían usar muy bien sus carabinas, combatían por sus propios intereses —lo que quiere decir que no desertaban, como las tropas mercenarias—, y que no hicieron a los ingleses el favor de enfrentarse con ellos en línea y en campo abierto, sino en bosques que los cubrieran, y por sueltas guerrillas, de rápidos movimientos. La infantería de línea resultó impotente y sucumbió a los enemigos invisibles e inalcanzables. Así se inventó de nuevo el tirador, un nuevo modo de combatir, a consecuencia de la aparición de una modificación del material soldado.

La revolución francesa consumó también en el terreno militar lo que había empezado la americana. A los ejercitados ejércitos mercenarios de la coalición, la Revolución Francesa no pudo oponer más que masas poco entrenadas, pero numerosas, la fuerza de toda la nación. Con esas masas había que proteger París, es decir, cubrir un determinado territorio, y esto no podía conseguirse sin una victoria en una abierta batalla de masas. No bastaba aquí el mero combate defensivo aislado; había que inventar también una forma de utilización en masa de aquellos efectivos: esa forma fue la *columna*. El orden en columna permitía incluso a tropas poco entrenadas moverse de un modo bastante ordenado, incluso con una velocidad de marcha superior a la tradicional (cien y más pasos por minuto); permitía perforar las rígidas formas de la vieja formación en línea, combatir en todos los terrenos, hasta en el desfavorable a la formación en línea, agrupar a las tropas de cualquier modo conveniente y, en colaboración con las formaciones sueltas dispersas por el terreno, resistir a las líneas enemigas, fijarlas, cansarlas hasta que llegara el momento de poder romperlas por el punto decisivo con masas tenidas hasta ese instante en reserva. Este modo de combatir, basado en la combinación de tiradores y columnas, y en la división del ejército en divisiones o cuerpos independientes compuestos por todas las armas, fue plenamente perfeccionado en todos sus aspectos por Napoleón, tanto táctica cuanto estratégicamente; según lo dicho, lo que ante todo hizo necesario ese modo de combatir fue la transformación del material soldado de la Revolución Francesa. Pero tenía además dos importantes presupuestos técnicos: primero el cureñado, más ligero, de la artillería de campaña inventado por Gribeauval, innovación que posibilitó el rápido movimiento de esas piezas; y, segundo, la depresión de la culata del fusil, tomada de la escopeta de caza e introducida en Francia en 1777; hasta entonces, la culata era prolongación rectilínea del cañón; la innovación permitió apuntar a un solo hombre sin fallar necesariamente el blanco. Sin este progreso habría sido imposible el papel del tirador suelto.

El revolucionario sistema representado por el pueblo entero en armas quedó pronto limitado a un reclutamiento obligatorio (con la posibilidad, para los mozos acomodados, de hacerse sustituir mediante un pago), y en esta forma fue asimilado por la mayoría de los grandes estados del continente. Sólo Prusia, con su sistema de ejército territorial [*Landwehr*], intentó recoger en masa la capacidad combativa del pueblo. Prusia fue además el primer estado que dotó a toda su infantería —tras el breve papel desempeñado entre 1830 y 1860 por el fusil rayado cargado por delante— con el arma más reciente: el fusil rayado y cargado por detrás. A esas dos innovaciones debe sus éxitos en 1866.

En la guerra franco alemana se enfrentaron por de pronto dos ejércitos armados con fusiles rayados de retrocarga, y ambos con formaciones tácticas esencialmente idénticas a la de los tiempos del viejo fusil de chispa y sin rayar. La única diferencia era que los prusianos, con la introducción de la columna de compañía, habían intentado encontrar una forma de combate adecuada al nuevo armamento. Pero cuando el 18 de agosto, cerca de Saint Privat, la guardia prusiana intentó tomarse rigurosamente en serio la columna de compañía, los cinco regimientos que más intervinieron en la operación perdieron, en dos horas a lo sumo, más de un tercio de sus efectivos (176 oficiales y 5.114 hombres de

tropa); a partir de aquel momento quedó condenada la nueva columna, exactamente igual que la de batallón o que la línea; se abandonó todo intento de exponer al fuego de fusilería enemigo una tropa cerrada, y por parte alemana la lucha se continuó exclusivamente con aquellos densos pelotones de fusileros en que ya por sí misma se había venido disolviendo la columna cuando se encontraba bajo el fuego graneado del enemigo, orden que hasta el momento el mando había considerado contrario a todo dispositivo militar; al mismo tiempo el paso ligero se convirtió en el único tipo de movimiento bajo el fuego de fusilería enemigo. También esta vez había sido el soldado más listo que el oficial; el *soldado* había descubierto instintivamente la única forma de combatir capaz de soportar el fuego del fusil de retrocarga, y ahora la imponía con éxito a pesar de la resistencia del mando.

La guerra franco-alemana ha significado un punto de inflexión de importancia diversa de la de todos los anteriores. En primer lugar, las armas se han perfeccionado tanto, que no es ya posible un nuevo progreso que tenga una influencia verdaderamente subversiva. Cuando se tienen cañones con los que se puede acertar a un batallón en cuanto lo distingue la vista, y fusiles que hacen lo mismo con los individuos como objetivos, y cuya carga cuesta menos tiempo que el apuntar, todos los demás progresos son más o menos indiferentes para el combate en el campo de batalla. La era de la evolución está, pues, por este lado, concluida en lo esencial. Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años. El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su desaparición.

La concurrencia de los diversos estados entre sí les obliga a utilizar cada año más dinero para el ejército, la escuadra, la artillería, etc., es decir, a acelerar cada vez más la catástrofe financiera; y, por otra parte, a realizar cada vez más en serio el servicio militar obligatorio, y con ello, en definitiva, a familiarizar al pueblo entero con el uso de las armas, a capacitarlo para imponer en un determinado momento su voluntad contra el poder militar que le manda. Y ese momento se presenta en cuanto que la masa del pueblo —trabajadora y campesina del campo y la ciudad— *tengan* una voluntad. En ese momento el ejército principesco se trasmuta en ejército popular; la máquina se niega a seguir sirviendo y el militarismo sucumbe por la dialéctica de su propio desarrollo. El socialismo conseguirá infaliblemente lo que no consiguió la democracia burguesa de 1848 —precisamente porque fue *burguesa* y no proletaria—, a saber: dar a las masas trabajadoras una voluntad de contenido correspondiente a su situación de clase. Y esto significa la ruptura del militarismo y, con él, la de todos los ejércitos permanentes, *desde dentro*.

Esta es una de las moralejas de nuestra historia de la infantería moderna. La segunda, la cual nos vuelve al señor Dühring, es que toda la organización y el modo de combatir de los ejércitos y, por tanto, la victoria y la derrota, resultan depender de condiciones materiales, es decir, económicas: del material humano y de armamento, o sea de la cualidad y la cantidad de la población y de la técnica. Sólo un pueblo de cazadores como el americano podía volver a descubrir la táctica del tirador en guerrilla; y eran cazadores por razones puramente económicas, del mismo modo que ahora, también por razones puramente económicas, esos mismos yanquis de los viejos estados se han convertido en agricultores, industriales, navegantes y comerciantes, que ya no se dedican a la guerrilla en los bosques, pero han llegado en cambio muy lejos en el campo de la especulación, en el que saben muy bien utilizar grandes masas. Sólo una revolución como la francesa, que emancipó al ciudadano y señaladamente al campesino, podía inventar a la vez los ejércitos de masas y la libre forma de movimiento contra los cuales se estrellaron las viejas formaciones en línea rígida, reflejo militar del absolutismo contra el que combatían. Hemos ido viendo cómo los progresos de la técnica, en cuanto fueron utilizables militarmente y se utilizaron,

provocaron en seguida, casi por la fuerza y a menudo incluso contra la voluntad del mando militar, modificaciones y hasta transformaciones completas del modo de combatir. Por lo que hace a la dependencia de la dirección militar respecto de la productividad y de los medios de comunicación del país, esto es cosa que hoy día puede ya explicar al señor Dühring incluso un suboficial que quiera hacer carrera. En resolución: en todas partes y siempre son condiciones económicas y medios de poder económico los que posibilitan la victoria de la "violencia", esa victoria sin la cual la violencia deja de ser tal; y el que quisiera reformar la organización militar según los principios del señor Dühring y de acuerdo con el punto de vista contrario, no cosecharía más que palizas.

Si pasamos ahora de la tierra al agua, se nos ofrece, con sólo contemplar los últimos veinte años, una transformación de radicalidad aún mayor. La nave de combate de la guerra de Crimea era el barco de madera de dos o tres puentes, dotado con 60 a 100 cañones y movido aún principalmente a vela, pues su débil máquina de vapor no era más que un elemento auxiliar. Llevaba principalmente piezas de 32 libras, con tubos de unos 25 quintales, y algunas pocas piezas de 68 libras con tubos de menos de 50 quintales. Hacia fines de la guerra aparecieron baterías flotantes y acorazadas de hierro, pesadas, casi inmóviles; pero que para la artillería naval de la época eran monstruos casi invulnerables. Pronto se adoptó ese blindaje de hierro también para las naves de combate; la coraza era al principio delgada: se consideraba que un espesor de cuatro pulgadas era ya una coraza pesadísima. Pero el progreso de la artillería superó pronto esos blindados; para cada espesor de los que se aplicaron sucesivamente se encontró una nueva artillería más pesada que lo atravesaba fácilmente. Y así hemos llegado hoy, por un lado, a espesores de blindado de diez, doce, catorce y veinticuatro pulgadas (Italia se propone construir un barco con una coraza de tres pies de espesor), y, por otra, a piezas artilleras rayadas de 25, 35, 80 y hasta 100 toneladas de peso por tubo, las cuales lanzan a distancias antes inauditas proyectiles de 400, 1.700 y hasta 2.000 libras. La actual nave de combate es un gigantesco vapor acorazado, movido por hélice, que desplaza de 8.000 a 9.000 toneladas y cuenta con una fuerza de 6.000 a 8.000 caballos de vapor, lleva torres giratorias, cuatro o, a lo sumo, seis piezas pesadas, y tiene una proa que termina, bajo la línea de flotación, en un espolón para hundir por choque los barcos enemigos; es todo él una colosal máquina unitaria, en la que el vapor no obra sólo el rápido movimiento en el mar, sino que también posibilita la dirección, las operaciones con el ancla, la rotación de las torres, la carga y orientación de las piezas, el trabajo de las bombas de agua, el arriado e izado de los botes —parte de los cuales cuenta también con vapor—, etc. Y la competencia entre el blindado y la artillería está tan lejos de concluirse que hoy día un barco se encuentra ya por debajo del rendimiento necesario y está anticuado antes de la botadura. La moderna nave de combate no es sólo un producto de la gran industria moderna, sino hasta una muestra de la misma; es una fábrica flotante aunque, ciertamente, una fábrica destinada sobre todo a dilapidar dinero. El país en que más se ha desarrollado la gran industria tiene casi el monopolio de la construcción de estos buques. Todos los acorazados turcos, casi todos los rusos, la mayoría de los alemanes, están construidos en Inglaterra [...]

Nosotros, por el contrario, no tenemos motivo alguno de enfado al ver cómo en esta carrera entre la coraza y el cañón el barco de guerra se desarrolla hasta un extremo de artificialidad que le hace tan caro como inservible para la guerra,¹ y cómo esta carrera

¹ El perfeccionamiento del último producto de la industria para la guerra naval, el torpedo de autopropulsión, parece realizar esto; con él el más pequeño torpedero resultaría superior al acorazado más imponente. (Recuérdese, por lo demás, que el texto ha sido escrito en 1878.)

manifiesta, también en el ámbito de la guerra naval, aquellas internas leyes dialécticas por las cuales el militarismo, como todo otro fenómeno histórico, sucumbe por las consecuencias de su propio desarrollo.
(*Anti-Dühring*).

El arte de la insurrección

Con la Comuna de París se creía haber enterrado definitivamente al proletariado combativo. Pero es, por el contrario, de la Comuna y de la guerra franco-alemana de donde data su más formidable ascenso. El hecho de encuadrar en los ejércitos, que desde entonces ya se cuentan por millones, a toda la población apta para el servicio militar, así como las armas de fuego, los proyectiles y las materias explosivas de una fuerza de acción hasta entonces desconocida, produjo una revolución completa de todo el arte militar. Esta transformación, de una parte, puso fin bruscamente al período guerrero bonapartista y aseguró el desarrollo industrial pacífico, al hacer imposible toda otra guerra que no sea una guerra mundial de una crueldad inaudita y de consecuencias absolutamente incalculables. De otra parte, con los gastos militares, que crecieron en progresión geométrica, hizo subir los impuestos a un nivel exorbitante, con lo cual echó las clases pobres de la población en los brazos del socialismo. La anexión de Alsacia-Lorena, causa inmediata de la loca competencia en materia de armamentos, podrá azuzar el chovinismo de la burguesía francesa y la alemana, lanzándolas la una contra la otra; pero para los obreros de ambos países ha sido un nuevo lazo de unión. Y el aniversario de la Comuna de París se convirtió en el primer día de fiesta universal del proletariado.

Las luchas callejeras

Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada.

No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas. Pero es verdad que también los insurrectos habían contado muy rara vez con esta victoria. Lo único que perseguían era hacer flaquear a las tropas mediante factores morales que en la lucha entre los ejércitos de dos países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa no responde, o los que la mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence. Si no se consigue, incluso cuando las tropas sean inferiores en número, se impone la ventaja del mejor armamento e instrucción, de la unidad de dirección, del empleo de las fuerzas con arreglo a un plan y de la disciplina. Lo más a que puede llegar la insurrección en una acción verdaderamente táctica es levantar y defender una sola barricada con sujeción a todas las reglas del arte. Apoyo mutuo, organización y empleo de las reservas, en una palabra, la cooperación y la trabazón de los distintos destacamentos, indispensable ya para la defensa de un barrio y no digamos de una gran ciudad entera, sólo se pueden conseguir de un modo muy defectuoso y, en la mayoría de los casos, no se pueden conseguir de ningún modo. De la concentración de las fuerzas sobre un punto decisivo, no cabe ni hablar. Así, la defensa pasiva es la forma predominante de lucha; la ofensiva se producirá a duras penas, aquí o allá, siempre excepcionalmente, en salidas y ataques de flanco esporádicos, pero, por regla general, se limitará a la ocupación de las posiciones abandonadas por las tropas en retirada. A esto hay que añadir que las tropas disponen de artillería y de fuerzas de ingenieros bien equipadas e instruidas, medios de lucha de que los insurgentes carecen por completo casi siempre. Por eso no hay que maravillarse de que hasta las luchas de barricadas libradas con el mayor heroísmo —las de París en junio de

1848, las de Viena en octubre del mismo año y las de Dresde en mayo de 1849—, terminasen con la derrota de la insurrección, tan pronto como los jefes atacantes, a quienes no frenaba ningún miramiento político, obraron ateniéndose a puntos de vista puramente militares y sus soldados les permanecieron fieles.

Los numerosos éxitos conseguidos por los insurrectos hasta 1848 se deben a múltiples causas. En París, en julio de 1830 y en febrero de 1848, como en la mayoría de las luchas callejeras en España, entre los insurrectos y las tropas se interponía una guardia civil, que, o se ponía directamente al lado de la insurrección o bien, con su actitud tibia e indecisa, hacía vacilar asimismo a las tropas y, por añadidura, suministraba armas a la insurrección. Allí donde esta guardia civil se colocaba desde el primer momento frente a la insurrección, como ocurrió en París en junio de 1848, ésta era vencida. En Berlín, en 1848, venció el pueblo, en parte por los considerables refuerzos recibidos durante la noche del 18 y la mañana del 19, en parte a causa del agotamiento y del mal avituallamiento de las tropas y en parte, finalmente, por la acción paralizadora de las órdenes del mando. Pero en todos los casos se alcanzó la victoria porque no respondieron las tropas, porque al mando le faltó decisión o porque se encontró con las manos atadas.

Por tanto, hasta en la época clásica de las luchas de calles, la barricada tenía más eficacia moral que material. Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria; si no, venía la derrota. Este es el aspecto principal de la cuestión y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro.

Por lo demás, las posibilidades eran ya en 1849 bastante escasas. La burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos, «la cultura y la propiedad» saludaban y obsequiaban a las tropas enviadas contra las insurrecciones. La barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al «pueblo», sino a rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la hez de la sociedad; con el tiempo, el oficial se había ido entrenando en las formas tácticas de la lucha de calles: ya no se lanzaba de frente y a pecho descubierto hacia el parapeto improvisado, sino que lo flanqueaba a través de huertas, de patios y de casas. Y, con alguna pericia, esto se conseguía ahora en el noventa por ciento de los casos.

Además, desde entonces, han cambiado muchísimas cosas, y todas a favor de las tropas. Si las grandes ciudades han crecido considerablemente, todavía han crecido más los ejércitos. París y Berlín no se han cuadruplicado desde 1848, pero sus guarniciones se han elevado a más del cuádruplo. Por medio de los ferrocarriles, estas guarniciones pueden duplicarse y más que duplicarse en 24 horas, y en 48 horas convertirse en ejércitos formidables. El armamento de estas tropas, tan enormemente acrecentadas, es hoy incomparablemente más eficaz. En 1848 llevaban el fusil liso de percusión y antecarga; hoy llevan el fusil de repetición, de retrocarga y pequeño calibre, que tiene cuatro veces más alcance, diez veces más precisión y diez veces más rapidez de tiro que aquél. Entonces disponían de las granadas macizas y los botes de metralla de la artillería, de efecto relativamente débil; hoy, de las granadas de percusión, una de las cuales basta para hacer añicos la mejor barricada. Entonces se empleaba la piqueta de los zapadores para romper las medianerías, hoy se emplean los cartuchos de dinamita.

En cambio, del lado de los insurrectos todas las condiciones han empeorado. Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo, se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya, en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El «pueblo» aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema. Y cuantos más soldados licenciados se pongan al lado de los insurgentes más difícil se hará el equiparlos de armamento. Las escopetas de

caza y las carabinas de lujo de las armerías —aun suponiendo que, por orden de la policía, no se inutilicen de antemano quitándoles una pieza del cerrojo— no se pueden comparar ni remotamente, incluso para la lucha desde cerca, con el fusil de repetición del soldado. Hasta 1848, era posible fabricarse la munición necesaria con pólvora y plomo; hoy, cada fusil requiere un cartucho distinto y sólo en un punto coinciden todos: en que son un producto complicado de la gran industria y no pueden, por consiguiente, improvisarse; por tanto, la mayoría de los fusiles son inútiles si no se tiene la munición adecuada para ellos. Finalmente, las barriadas de las grandes ciudades construidas desde 1848 están hechas a base de calles largas, rectas y anchas, como de encargo para la eficacia de los nuevos cañones y fusiles. Tendría que estar loco el revolucionario que eligiese el mismo para una lucha de barricadas los nuevos distritos obreros del Norte y el Este de Berlín.

¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables. Y éstas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870, en París, preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas. [Introducción de F. Engels a K. Marx. *La lucha de clases en Francia. Edición de 1895*]

La revolución de 1848 en París. Las jornadas de junio

I

Poco a poco, se van reuniendo los elementos necesarios para formarse una idea de conjunto acerca de la revolución de Junio; se completan los informes, se va haciendo posible distinguir los hechos de los rumores y de las mentiras, y se destaca cada vez con mayor claridad el carácter de la insurrección. Y cuanto más vamos logrando ver en su entrelazamiento los acontecimientos de las cuatro jornadas de junio, más nos asombran las proporciones gigantescas de la insurrección, su heroísmo, la organización rápidamente improvisada y la unanimidad de los insurrectos.

El plan de batalla de los obreros, atribuido a Kersausie, amigo de Raspail y ex oficial del ejército, era el siguiente: Los insurrectos avanzaron en cuatro columnas y en movimiento concéntrico sobre el Ayuntamiento. [...]

Este plan se basaba, por tanto, con mucho acierto, en los barrios de la ciudad habitados exclusivamente por obreros, que rodean en semicírculo toda la mitad este de París y que van ensanchándose conforme se avanza hacia el Este. Se trataba de limpiar primero de enemigos el este de París y de avanzar luego por los dos márgenes del Sena hacia el Oeste y sus centros, las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Las columnas avanzaban apoyadas por una serie de cuerpos volantes, operaban entre ellas y en sus flancos, pero por cuenta propia, levantaban barricadas, ocupaban las pequeñas calles y mantenían los contactos. Para el caso de un repliegue, las bases de operaciones habían sido fuertemente, atrincheradas y convertidas con todas las reglas del arte en temibles fortalezas, como ocurría con el Clos Saint Lazare, el Faubourg y el barrio de Saint Antoine y el Faubourg de Saint Jacques.

Si este plan adolecía de algún defecto era el no tener en cuenta para nada, al comienzo de las operaciones, la parte oeste de París. En esta parte, a los dos lados de la calle de Saint Honoré y junto a los Halles y el Palais National, hay varios barrios que se prestan

magníficamente para revueltas populares, con calles muy estrechas y tortuosas, habitadas preferentemente por obreros. Habría sido importante haber establecido aquí una quinta columna de la insurrección, aislando así el Ayuntamiento y obligando a concentrar una gran masa de tropas en este baluarte avanzado. El triunfo de la insurrección dependía de que los insurrectos pudieran llegar lo antes posible al centro de París y asegurarse la conquista del edificio del Ayuntamiento. [...] Pero es un hecho que jamás ha logrado imponerse en París un movimiento insurreccional sin apoderarse desde el primer momento de este centro de la capital que linda con las Tullerías. [...]

Los insurrectos avanzaron con arreglo a los planes trazados. Inmediatamente, se pusieron a separar su territorio, el París de los obreros, del París de los burgueses, mediante dos grandes obras de defensa: las barricadas de la Puerta Saint Denis y las de la Cité. Fueron desalojados de las primeras, pero lograron mantenerse en las segundas. El primer día, el 23, fue un simple prelude. El plan de los insurrectos estaba ya claro (y la Nueva Gaceta Renana supo comprenderlo certeramente desde el primer momento, véase núm. 26 suplemento extra), a sobre todo después de los primeros encuentros de la mañana entre las avanzadas. El bulevar Saint Martin, que cruza a través de la línea de operaciones de la primera columna, se convirtió en escenario de enconadas luchas, las cuales terminaron aquí con la victoria de las fuerzas del "orden", impuesta en parte por las condiciones locales.

Fueron cortados los accesos a la Cité, a la derecha por un cuerpo volante que fue a emplazarse en la calle de Planche-Mibray, y a la izquierda por la tercera y la cuarta columnas, que ocuparon y fortificaron los tres puentes del sur de la Cité. También aquí se trabó un combate muy violento. Las fuerzas del "orden" lograron apoderarse del puente Saint Michel y avanzar hasta la calle de Saint Jacques. Se jactaban de que pondrían fin a la revuelta antes de que cayera la noche. [...]

Pero el gobierno creía habérselas con una banda desorganizada de revoltosos que actuaban sin plan alguno. Después de despejar hacia el anochecer las calles principales, declaró que la revuelta estaba liquidada y ocupó con tropas, bastante descuidadamente, las partes conquistadas de la ciudad.

Los insurrectos supieron aprovechar magníficamente esta negligencia para iniciar la gran batalla, después de las escaramuzas del día 23 entre las avanzadas. Es en verdad asombrosa la rapidez con que los obreros se asimilaron el plan de operaciones, la uniformidad con que combinaban sus movimientos y la pericia con que sabían aprovechar un terreno tan complicado como aquel en que se movían. Todo lo cual habría sido inexplicable si los obreros no se hubieran hallado ya bastante bien organizados militarmente en los Talleres Nacionales y distribuidos en compañías, gracias a lo cual les bastaba con trasplantar su organización industrial a las actividades de la guerra para poner en pie inmediatamente un ejército perfectamente estructurado.

En la mañana del 24, los insurrectos no sólo habían recuperado todo el terreno perdido, sino que habían conquistado, además, nuevas posiciones. Es cierto que la línea de los bulevares, hasta la del Temple, seguía ocupada por las tropas, lo que hacía que la primera columna de los insurrectos quedara cortada por el centro; pero, a cambio de ello, la segunda columna avanzó desde el barrio de Saint Antoine hasta lograr cercar casi por completo el Ayuntamiento. Estableció su cuartel general en la iglesia de Saint Gervais, a 300 pasos del Ayuntamiento, y se apoderó del convento de Saint Merry y calles adyacentes; y, avanzando hasta mucho más allá del Ayuntamiento, logró aislarla casi totalmente, junto con las columnas de la Cité. Sólo quedó libre un acceso a ella: los muelles de la orilla derecha del Sena.

En el Sur, los insurrectos volvían a ocupar totalmente el Faubourg Saint Jacques, habían restablecido las comunicaciones con la Cité, la fortificaron y prepararon el paso hacia la orilla derecha. [...]

II

La Asamblea Nacional, empavorecida, nombró dictador a Cavaignac y éste, habituado desde Argelia a intervenir “enérgicamente”, sabía lo que tenía que hacer.

Inmediatamente, avanzaron diez batallones a lo largo del muelle de l'École hacia el Ayuntamiento. Cortaron las comunicaciones de los insurrectos de la Cité con la margen derecha, aseguraron el Ayuntamiento y se permitieron, incluso, lanzar asaltos contra las barricadas levantadas a su alrededor.

[...] La artillería pesada barrió el puente de Notre-Dame, situado en frente y que conduce a la Cité. Logrado esto, Cavaignac avanzó directamente sobre la Cité para proceder allí con toda “energía”. El puesto principal de los insurrectos, el almacén de la “Belle Jardinière”, fue cañoneado primero por la artillería y luego incendiado por medio de cohetes [...]

La calle de Saint Jacques no sólo fue atacada por la artillería desde la Cité, sino tomada además de flanco desde la orilla izquierda. El general Damesme avanzó a lo largo del Jardín de Luxemburgo hacia la Sorbona, tomó el Barrio Latino y envió sus columnas hacia el Panteón. La plaza del Panteón estaba convertida en una temible fortaleza. Hacía ya mucho tiempo que había sido tomada la calle de Saint Jacques, cuando las fuerzas del “orden” seguían encontrándose aquí con un baluarte inexpugnable. Habían fracasado los cañones y los ataques a la bayoneta, hasta que, por último, la fatiga, la falta de municiones y la amenaza formulada por los burgueses de pegar fuego al barrio obligaron a los 1 500 obreros, cercados por todas partes, a rendirse. [...]

¿Cómo pudo Cavaignac conseguir estas ventajas?

En primer lugar, gracias a la enorme superioridad de fuerzas que le fue posible desplegar contra los insurrectos. [...] El 24 por la mañana, tenía ya bajo su mando a más de 100 000 hombres, que en el transcurso del día aumentaron en 50 000 más. Y los contingentes de los insurrectos sumaban, cuando mucho, ¡de 40 000 a 50 000 hombres!

En segundo lugar, gracias a los medios brutales que empleó. [...] Pero nunca hasta entonces se había empleado la artillería contra barricadas y contra casas, y menos aún las granadas y los cohetes incendiarios. El pueblo no estaba todavía preparado contra estas armas; se hallaba inerme frente a ellas, y el único recurso que habría podido emplear en contra de tales ataques, el incendio, repugnaba a sus nobles sentimientos. Hasta ahora, el pueblo no había sospechado siquiera que en pleno París pudiera desatarse una guerra de éstas, a la argelina. Por eso retrocedió, y su primer repliegue decidió ya su derrota.

El 25, Cavaignac avanzó a la cabeza de tropas aún muy superiores. Los insurrectos se hallaban ya circunscritos a un solo barrio, a los faubourgs de Saint Antoine y el Temple; tenían, además, en sus manos dos puestos avanzados, el Clos Saint Lazare y una parte del barrio de Saint Antoine, hasta el puente de Damiette.

Cavaignac, que había vuelto a recibir de 20 000 a 30 000 hombres de refuerzo, aparte de considerable parque de artillería, ordenó que se atacasen primeramente los puestos avanzados de los insurrectos, y principalmente el Clos Saint Lazare. Los insurrectos se habían atrincherado allí como en una ciudadela. Por último, tras doce horas de continuo cañoneo y lanzamiento de granadas, Lamoricière logró desalojar a los obreros de sus posiciones y ocupar el Clos; pero, para conseguir esto, tuvo primero que hacer posible un ataque de flanco desde las calles de Rochechouart y Poissonnière y demoler las barricadas, el primer día, con cuarenta cañones, y el segundo día, con un número todavía mayor de piezas de artillería.

Otra parte de su columna avanzó por el Faubourg Saint Martin hasta el Faubourg del Temple, pero sin conseguir nada; entre tanto, otra columna bajada por los bulevares hasta la Bastilla, pero sin lograr tampoco llegar lejos, pues sólo pudo destruir, después de un

violento cañoneo, una serie de barricadas verdaderamente temibles. Allí quedaron espantosamente destruidas las casas.

[...] La toma del puente de Damiette permitió a Duvivier desalojar de sus posiciones, a los insurrectos de la isla de Saint Louis y de la antigua isla Louvier.¹¹⁶ Y lo hizo, hay que reconocerlo, con un verdadero derroche de barbarie argelina. En pocas partes de la ciudad se empleó la artillería pesada con efectos tan devastadores como en la isla de Saint Louis. Pero ¿qué importa? Los insurrectos fueron desalojados o pasados a cuchillo, y el “orden” triunfó sobre un montón de ruinas humeantes y cubiertas de sangre.

En la orilla izquierda del río quedaba todavía un puesto por conquistar. El puente de Austerlitz, que al este del canal de Saint Martin une al Faubourg Saint Antoine con la margen izquierda del Sena, aparecía fuertemente cubierto de barricadas y, en la orilla izquierda, donde desemboca en la plaza Valhubet delante del Jardín Botánico, provisto de una fuerte cabeza de puente. Esta cabeza de puente, que después de la caída del Panteón y de la plaza Maubert era el último parapeto que les quedaba a los insurrectos en la orilla izquierda, fue tomado tras una empeñada resistencia. Para el día siguiente, el 26, sólo les quedaba, pues, a los insurrectos su última fortaleza, el Faubourg Saint Antoine y una parte del Faubourg del Temple. Estos dos faubourgs no son muy apropiados para combates callejeros; tienen calles bastante anchas y casi totalmente rectas, que ofrecen magnífico campo a la artillería. Por el lado oeste aparecen magníficamente cubiertas por el canal de Saint Martin, mientras que por la parte norte quedan completamente al descubierto. De aquí parten cinco o seis calles derechas y anchas que van a internarse hacia abajo en pleno corazón del Faubourg Saint Antoine. Las principales defensas eran las de la plaza de la Bastilla y la calle más importante de todo el barrio, la calle del Faubourg Saint Antoine. Se habían levantado aquí barricadas más poderosas, amuralladas en parte con los grandes adoquines y en parte apuntaladas por fuertes vigas. Se hallaban construidas en ángulo hacia adentro, de una parte para debilitar el efecto de los cañonazos y, de otra, para ofrecer un frente de defensa más ancho, que permitiera el fuego graneado. En las casas se habían derribado los muros medianeros, comunicando de este modo entre sí todo un grupo de casas, lo que permitía a los insurrectos, según las exigencias del momento, abrir fuego de tiradores sobre el enemigo o parapetados los combatientes en los puentes y muelles del canal y en las calles paralelas a éste. En una palabra, los dos faubourgs que todavía se hallaban en manos de los insurrectos semejaban una perfecta fortaleza, en la que las tropas tenían que arrancar con fuertes bajas cada pulgada de terreno.

[...]Cavaignac no tenía ninguna gana de aventurar a sus tropas en aquel dédalo de barricadas. Amenazó, pues, con un bombardeo. Fueron emplazados los morteros y los obuses. Se abrieron negociaciones. Entre tanto, Cavaignac mandó minar las casas más cercanas [...]Cavaignac ordenó al general Perrot atacar desde el Faubourg del Temple y al general Lamoricière desde la plaza de la Bastilla. En ambos puntos se desató un intenso fuego de artillería contra las barricadas. [...] Por fin, capituló una parte de los insurrectos, mientras que la otra, atacada por los flancos, se replegaba tras breve lucha.

Así terminaron los combates de barricadas de la revolución de Junio. En las afueras de la ciudad seguían librándose algunos combates aislados de tiradores, pero ya sin importancia. Los insurrectos fugitivos se dispersaron por los alrededores de la capital y fueron apresados uno a uno por la caballería. [...]

Kersausie ha sido hecho prisionero y es muy posible que a estas horas haya sido fusilado. Los burgueses podrán quitarle la vida, pero no la gloria de haber sido el primero en organizar la lucha urbana. Podrán fusilarlo pero no habrá poder en el mundo capaz de impedir que sus planes y sus ideas sean utilizados en el futuro en todos los combates callejeros. Podrán fusilarlo, pero no impedir que su nombre quede inscrito para siempre en la historia como el del *primer general de las barricadas*.

[F. Engels. *Neue Rheinische Zeitung*, núm. 31 y 32, 1 y 2 de julio de 1848]

FUENTES:

F. Engels. La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring (Anti-Dühring). 1878. Traducción: Instituto de Marxismo-Leninismo & Editorial Progreso, Moscú. Marxists Internet Archive, español, 2003 (www.marxists.org/español).

Cartas de F. Engels a J. Bloch y von Boenigk. Marx-Engels. Obras Escogidas en tres tomos. (1974). Moscú: Progreso. T. III

F. Engels. Introducción a K. Marx. Las luchas de clases en Francia. Edición de 1895. Marxists Internet Archive, español, 2001(www.marxists.org/español).

Carlos Marx / Federico Engels. Las revoluciones de 1848 [Selección de artículos de la Nueva Gaceta Renana] (2006) México: FCE.

Engels, F. *Temas militares. Selección de trabajos 1848-1895*. (1974) Buenos Aires: Cartago.